

## JERUSALEN A LA VISTA: RETRATO VERBAL POR TRES MEXICANOS DECIMONÓNICOS

*por Luis Felipe Cabrales Barajas\**

Sucursal del cielo en la Tierra, ciudad de los prodigios, urbe santa de cristianos, judíos y mahometanos, de todos a la vez. Los ojos de tres mexicanos que visitaron Jerusalén en el siglo XIX –en los años 1835, 1874 y 1875 respectivamente-, son el vehículo que conduce al asombro y así personalizan su primera reacción: José María Guzmán, cura del Seminario de Guadalupe, Zacatecas, rompe en llanto y se postra a besar la tierra. Jerusalén representa, según sus palabras “hasta donde pudo llegar el amor y dignación de un Dios para con los hombres, y hasta donde pudo llegar la ingratitud y perfidia de éstos para con su Dios” (p. 39).

José López Portillo y Rojas, abogado tapatío que apenas cuenta con 24 años de edad al realizar su viaje a Egipto y Palestina saluda a la Ciudad Santa arrodillado y rezando el credo. Su brújula personal lo hace sentirse “delante de una ciudad suspendida en los aires, elevada sobre la superficie del suelo, entre el mundo de los hombres y el de Dios” (p. 77).

Por su parte, el abogado mexiquense Luis Malanco, dice enfrentarse a “la ciudad que amaron los patriarcas, que lloraron los profetas, que adoraron las vírgenes, que santificaron los apóstoles, que consagró y glorificó Jesús con su vida y con su muerte” (p. 195). Malanco y sus acompañantes palidecen “tan profundamente emocionados como si hubiéramos visto caer un astro. En seguida nos quitamos el sombrero, nos desmontamos de los caballos y nos arrodillamos, permaneciendo en silencio un largo rato...” (p. 194).

Los relatos de los viajeros del siglo XIX constituyen una fuente valiosa y hasta ahora poco apreciada. Pueden ser objeto de análisis literario desde múltiples perspectivas. Como fuente histórica son un acervo proclive a convertirse en un objeto de estudio en sí mismo o a complementar otro tipo de fuentes documentales y así enriquecer visiones cualitativas imposibles de obtener por otras vías. Esas fotografías verbales son oro molido para los geógrafos desde el momento que se convierten en un testimonio útil para alimentar uno de los conceptos más fértiles y creativos de nuestra disciplina: el paisaje.

---

\* Universidad de Guadalajara. Departamento de Geografía y Ordenación Territorial. Correo electrónico ccf41363@fuentes.csh.udg.mx

Por si esto fuera poco existen expresiones pictóricas de la época que se articulan con los relatos, tan es así que en el espléndido libro *Jerusalén a la vista. Tres viajeros mexicanos en Tierra Santa*<sup>1</sup> por fortuna incorpora bellas reproducciones de nueve litografías del escocés David Roberts y una de Murguía, perfecto complemento a los relatos y que agregan valor a la edición.

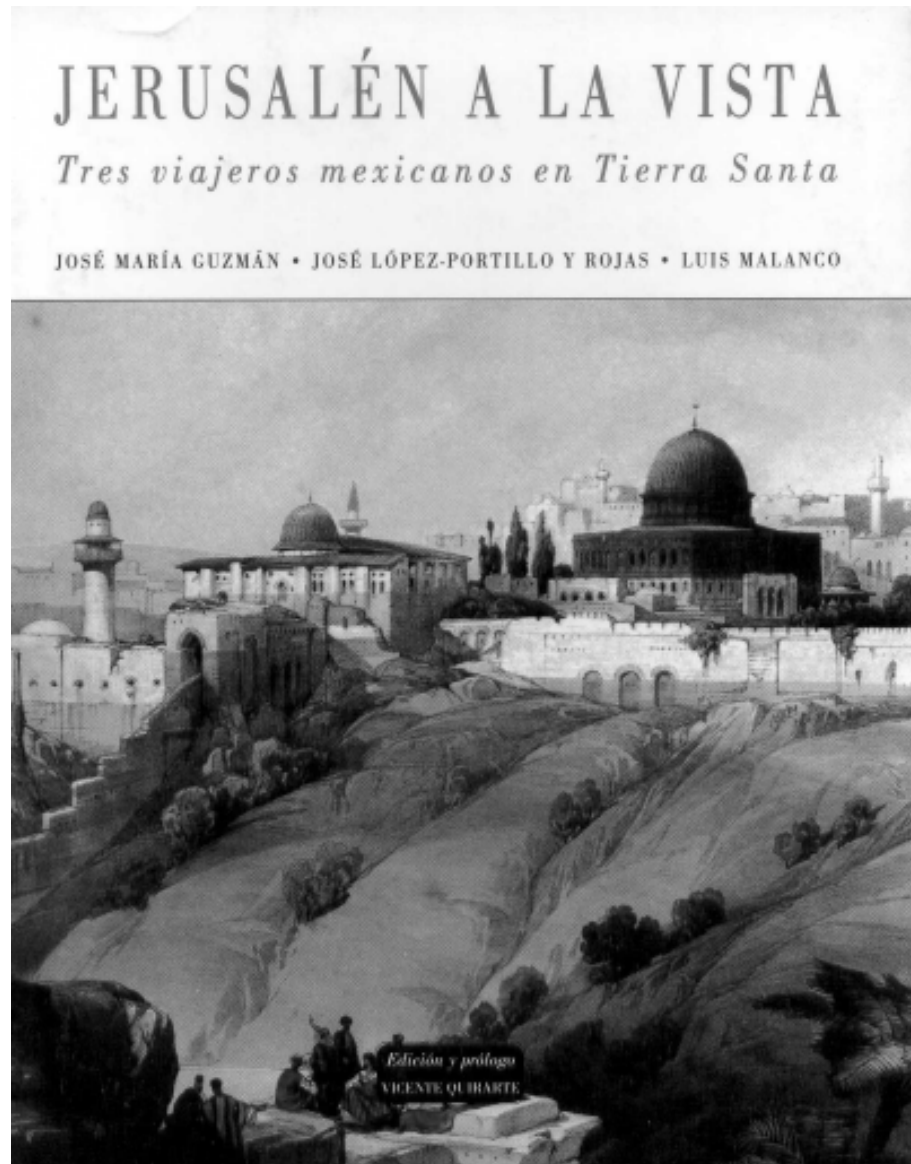
El tratamiento que los tres autores dan a sus relatos, puede inscribirse en las coordenadas del romanticismo, movimiento intelectual decimonónico que atraviesa manifestaciones como la arquitectura, la literatura y la pintura. Los artistas románticos se abren a la libertad imaginativa, a aceptar las emociones e instintos y por lo tanto se oponen a los marcos rígidos de la razón positivista. Ello autoriza a romper con la distancia que separa el sujeto y el objeto, por tanto es posible amalgamar lo interno con lo externo, de la misma forma que cohabitan la objetividad y la subjetividad. Si bien esta postura se expone a la rápida desaprobación desde la óptica positivista, también es cierto que constituye una alternativa que gana adeptos en las diversas ciencias sociales, incluida la geografía.

En un texto por demás estimulante, titulado *Geografía y cultura*, Nicolás Ortega Cantero<sup>1</sup> construye una argumentación defensiva a favor de la perspectiva humanística. El autor considera que “los orígenes de la Geografía moderna coinciden con los del movimiento romántico” (Ortega, 1987: 30). Entre sus anhelos estará “el descubrimiento moderno de la naturaleza y el paisaje” (p. 31). Uno de los recursos será el resurgimiento de la *analogía* como aparato metodológico. “Procede esta de una tradición muy antigua –recogida por el neoplatonismo renacentista y transmitida por corrientes herméticas y heterodoxas que la aproximan hasta la modernidad decimonónica– y sostiene la visión del universo como un sistema de correspondencias. Es una visión que se opone a las pretensiones analíticas y disociadoras del racionalismo...la analogía es la operación por medio de la que gracias al juego de semejanzas, aceptamos las diferencias. La analogía no suprime las diferencias: las redime, hace tolerable su existencia” (p. 32).

Alejandro de Humboldt y Carlos Ritter, los padres de la geografía moderna son dos magníficos exponentes de esta corriente, que se asocia a “una actitud epistemológica escasamente dogmática y bastante despierta, predispuesta siempre a conceder a la subjetividad todos los derechos que el objetivismo le niega y el romanticismo rescata” (p. 42). Se trataría entonces de “movilizar al unísono las plurales facultades del sujeto”. Todo ello desemboca en una aceptación de terrenos aparentemente disímiles como “el pensamiento, el sentimiento y la imaginación creadora” (p. 78), lo que inevitablemente acerca el mundo de la ciencia al del arte. El uso de la analogía al que apela esta perspectiva es identificable en el texto de José López Portillo y Rojas, cuando afirma que “las cosas materiales parecen ser símbolo de las inmateriales y más

---

<sup>1</sup> Ortega Cantero, Nicolás . *Geografía y cultura*. Madrid: Alianza Universidad, 1987, 199 p.



altas; misteriosa concordancia del mundo de los espíritus con el de los cuerpos; armonía eterna de las cosas, que procedentes de un principio, son ordenadas bajo un plan y conspiran a un fin mismo” (p. 126).

Por lo anterior resulta de interés examinar en qué medida los documentos de nuestros viajeros incorporan las ideas que impregnan el pensamiento europeo de la época lo que facultaría a tejer la historia de las aportaciones mexicanas al romanticismo universal. En el prólogo de la obra, Vicente Quirarte anota que los tres mexicanos “pueden ocupar un digno lugar al lado de los orientalistas que en el siglo XIX descubrieron a los ojos de sus lectores un mundo nuevo” (p. XXI).

La producción de los viajeros románticos es un insumo para la construcción de lo que Nicolás Ortega llama “representación literaria del paisaje” —y que puede ser también pictórica— línea de trabajo poco abordada a pesar de la riqueza de materiales disponibles, sobre todo para el México decimonónico. Estas representaciones paisajísticas pueden acoplarse sin mucha dificultad con los estudios de geografía histórica, la misma que intenta desvelar las lógicas de evolución de los territorios.

La perspectiva de investigación aludida supone un tratamiento metodológico que sea capaz de desentrañar los diferentes elementos naturales y humanos del paisaje representado y de conciliar dimensiones objetivas y subjetivas. Como ha quedado reflejado en la primera reacción que tienen nuestros paisanos ante el encuentro con Jerusalén, se mezclan posiciones religiosas y se imprimen emociones. Antes que la descalificación propia del convencionalismo positivista, los relatos requieren de cuidadosas interpretaciones. En ese sentido la lectura del paisaje a través de la narrativa viajera se equipara al tratamiento de la historia oral.

Nuestros autores recogen ejemplos notables de territorialización de las emociones religiosas; cuando en su paso peregrino hacia Jerusalén, José María Guzmán descubre la peña en que se halla estampada la figura del profeta Elías, ubicada en un punto intermedio entre Jerusalén y Belén, el religioso da cuenta del relato que afirma que “el santo profeta cuando veía a Belén reía y cuando miraba a Jerusalén se deshacía en llanto, porque sabía que en Belén había de nacer el Verbo, y en Jerusalén le habían de quitar la vida” (p. 48).

Otro caso de la forma en que la cardinalidad geográfica adquiere profundos significados religiosos es el que documenta José López Portillo y Rojas: “Jesucristo fue crucificado al oeste de Jerusalén, con el rostro vuelto hacia Europa. En los últimos momentos de suplicio, el acto mismo de la Redención, parece que Jesús volvía la espalda al ingrato Oriente y extendía sus brazos hacia el Occidente. El Oriente, en efecto, aunque cristiano en los primeros tiempos, tornóse gentil o mahometano más tarde a la Ley Nueva. Atravesando el Mediterráneo y el grande océano, fue a establecer sus preceptos divinos en las regiones del ocaso. ¡Misteriosas coincidencias de los hechos, que parecen haber sido un símbolo de los sucesos por venir!” (p. 99).

Una prueba de la conciencia que se tiene a la hora de deslindar las inclinaciones laicas de los credos religiosos encaminados a sacralizar lugares, la da López Porti-

llo y Rojas cuando afirma que “la piedad cristiana, sin embargo, más atenta a tener lugares venerables que a venerar ideas, ha encendido de tal manera su imaginación que ha atribuido existencia real al pobre y al rico del evangelio, y ha concluido por fijar el lugar donde vivieron. Las exageraciones devotas nada tienen de condenable, pues no dependen de espíritu de engaño o de fraude, sino del exceso de fantasía unido a exceso de devoción. Que otros en buena hora se burlen de esas supercherías inocentes; yo las respeto como símbolos de una fe acendrada, como delirios venerables de corazones creyentes” (p. 80).

A manera de ejemplo de lo que puede llegar a ser el estudio de la representación literaria del paisaje, hacemos una sucinta lectura de uno de sus ingredientes estructurales: el relieve, en este caso íntimamente asociado al emplazamiento de Jerusalén.

Las descripciones de José María Guzmán refrendan una larga tradición histórica presente en diferentes culturas, incluidas las cosmovisiones prehispánicas americanas, o aún la concepción europea medieval según las cuales los lugares sagrados o que simbolizan el poder político-militar se asocian con los puntos elevados y por tanto hay que levantar ahí los hitos monumentales, o en este caso la ciudad entera de la cristiandad. En contraste, los terrenos que forman depresiones constituyen la antípoda de los primeros y son objeto de valoraciones negativas.

El viajero piensa que “la Providencia quiso colocar a Jerusalén resguardada por la naturaleza contra el contagio del mundo. Estas montañas, por las cuales se sube sin descenso hasta llegar a Jerusalén, parecen fortificaciones inmensas levantadas por la mano del Todopoderoso, parecen haber sido hechas para Jerusalén” (p. 76). Para coronar el argumento, el mexicano da noticia de que Ramleh está a 256 metros sobre el nivel del Mar Mediterráneo, Latrum 620 y Jerusalén se alza a más de 800 metros. Es decir, la altitud es directamente proporcional al simbolismo sagrado.

Los adjetivos que utiliza para las cavidades o depresiones son elocuentes. Cuando describe la gruta visitada en el desierto del Bautista utiliza el apelativo “horrible” no obstante confesar que de ella “sale una pequeña fuentecilla de agua hermosa y cristalina” (p. 46). Usa de nuevo el término “horrible” para designar “El Precipicio” un despeñadero contiguo a la ciudad de Nazaret, e inmediatamente califica de “hermosísimo” el Monte Tabor “que es muy alto...y esta separado de todos los montes vecinos; dijimos misa sucesivamente los cinco sacerdotes que allí estábamos, en el mismo lugar donde el Señor se transfiguró” (p. 36). Se reitera por lo tanto la perfecta sincronía entre la altura y las marcas indelebles de un lugar sagrado.

Las referencias eruditas de José López Portillo y Rojas reflejan una formación sólida en las humanidades y una prosa bien elaborada que pone en evidencia sus dotes literarias. Pero al igual que los otros dos viajeros es fiel a su devoción católica, la teología como motor principal para realizar tan temerario viaje, alimentado naturalmente por la lectura bíblica. Las posibilidades analíticas del relato viajero son inmensas. Además de la sistematización de elementos descritos y las relaciones que éstos

guardan entre sí, es posible identificar otro de los recursos de la tradición geográfica: el juego dinámico de escalas.

Los textos transitan por referencias mundiales y a veces llegan al encuadre de los espacios cotidianos, casi personales, para descubrir usos y costumbres que pasarán por el escrutinio comparativo. Un ejemplo es cuando López Portillo y Rojas explica magistralmente las causas –no obstante sean parciales– de que los techos de las casas de Jerusalén, y también las de las fincas de países latinoamericanos sean planos. Es una invitación a reflexionar sobre el parentesco que algunos paisajes urbanos mexicanos guardan con las urbes de medio oriente: “Las casas de Jerusalén no tienen tejado como las europeas, sino terrados planos, como las de las Américas latinas. Estos terrados son el lugar predilecto de la casa. Durante el estío, las familias enteras pasan en ellos la noche; y aún en el día y en todo tiempo, los orientales son muy dados a treparse a las azoteas, donde se sientan bajo frescas enramadas, reciben el aire libre y se entregan a las delicias del tabaco. Procacci me hizo notar que los terrados estaban rodeados de un pretil. Sacó de su bolsillo una pequeña Biblia y me enseñó un versículo del Deuteronomio, que prueba que este pretil ha sido colocado en las azoteas desde los tiempos más remotos, por mandato de Jehová: Cuando edificares una casa nueva, pondrás pretil a tu terrado, para que no la hagas responsable de sangre si de él cayere alguno” (p. 114).

Luis Malanco es un buen representante del paisajismo literario. Sus descripciones se acercan a esos cuadros impresionistas de manufactura casi siempre francesa que dan entrada a transparencias lúcidas para dibujar paisajes que combinan naturaleza y sociedad. Da prueba de ello cuando escribe “Más adelante en una altura que es un punto culminante de Judea, se goza de paisajes y de vistas hermosísimas: se ve próxima una mezquita con su minarete y, agrupadas abajo, chozas de campesinos infelices, como grandes nidos de urracas, hechos de tierra y de basura; retirados a diversas distancias se perciben cuadros de montañas en que abundan picos, gargantas y planos desnudados. En uno de esos cuadros se destaca una población lejana, trazada en boceto sobre el cielo azul: es Nebi-Samuil, o la antigua Ramataim de Zofim, patria de Samuel” (p. 192).

Bastan estas breves líneas para hacer visible su filiación al romanticismo: se da la libertad de imprimir emociones, percepciones, valoraciones sociales e incluso referencias bíblicas. Es notoria su adhesión al paisajismo, al grado de hermanar la palabra con la imagen, la literatura con la pintura; así utiliza los términos *paisaje(s)*, *vistas(s)*, *cuadro(s)* y *boceto*, “pinta” a través de las letras. Al mismo tiempo Malanco exhibe la más pura racionalidad, por ejemplo cuando reconoce la frustración que le produce Jerusalén. Relata cómo había imaginado a la ciudad Santa durante su infancia “me parecía que era una ciudad inmensa, resplandeciendo de oro y mármol; una ciudad maravillosa bajada de las regiones celestiales. El pensamiento de Jerusalén me fascinaba: sentado sobre las rodillas de mi madre, la escuchaba leer los textos de la Biblia y cerraba mis ojos para ver la ciudad de Jesucristo” (p. 200).

Luego describe la Jerusalén de su imaginario durante etapa juvenil, donde reemplaza su Jerusalén infantil; ahora está mejor informado y así por ejemplo el oro que acompaña al mármol ahora resulta ser bronce, pero ante todo, Jerusalén deja de garantizar aquellas certezas de antaño, las mismas que son sustituidas por dudas. Ya instalado sobre el terreno tan anhelado es testigo de las destrucciones y miserias humanas del mundo real, lo que lo hace exclamar: ¡Cuántos desengaños se tienen en los viajes!...Es cierto que en ellos se aprende mucho pero ¿a qué precio, Dios eterno?. A costa de las ilusiones más halagüeñas de nuestra alma. Cuanto se creía grande en hombres, en cosas e instituciones se encuentra chico relativamente al tamaño figurado, desde que se quitan a la fantasía los lentes de aumento que le pone en los ojos la distancia, todas las entidades resultan en la pequeñez natural de las realidades terrenales” (p. 202).

La publicación de *Jerusalén a la vista* es un gran acierto, ya que como se hace referencia en la obra son escasos los testimonios de mexicanos sobre otros países, más común ha sido la mirada hacia México por parte de viajeros extranjeros.

Literatos, historiadores y geógrafos del siglo XXI y cualquier interesado en desvelar las entrañas de la cultura y la naturaleza tienen una fértil veta de investigación en los relatos de viajeros. Descubrir debe ser un verbo vigente y reivindicador. Fue un verdadero placer descubrir este libro, descubrir a sus autores y más aún descubrir a una ciudad tan honda e ingrátida como Jerusalén. La fuerza de la fe y también de las disputas políticas dan cuenta de una ciudad diez veces destruida, siempre apropiable y por tanto cambiante, condiciones que no desdican su eternidad. En ella aplica aquella consigna que reza “las ciudades son menos mortales que los hombres, renacen de los escombros y cenizas” (Enrique Krauze<sup>2</sup>).

---

<sup>2</sup> Citado por José Iturriaga de la Fuente, en la presentación de *La ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*, de Guillermo Tovar y de Teresa, Editorial Vuelta, 1991.